

sido el número de las proposiciones presentadas, se habría dado lectura de ellas una á una, y se habrían apoyado, porque si no concluíamos en la sesión de hoy y las Cortes no hubiesen creído conveniente prorogarla, habría continuado su discusión en sesiones sucesivas.

Mas no se ha hecho esto. La cuestión se ha suscitado en los términos en que se suscitan siempre que se trata de manifestaciones hechas por el gobierno, que no tienen el carácter de proyecto de ley. El presidente ha podido creer, habiendo hablado un republicano á nombre de la minoría federal, y no presentándose por ningún otro miembro de la Cámara otra proposición, que los diputados monárquicos no querían discutir la cuestión, no tenían para qué discutir la cuestión, no creían conveniente discutir la cuestión.

Ahora dice el Sr. Rios Rosas: «Yo quiero discutir; yo quiero que se pongan sobre la mesa, como se van á poner, los documentos diplomáticos que han mediado; yo quiero discutir la negociación; yo quiero discutir el candidato; yo quiero discutir la cuestión en el fondo y en la forma, en el conjunto y en los detalles.» Y pregunto yo: ¿qué es lo que se va á discutir? Exclusivamente la persona, pues que no va á discutirse la monarquía: está consignada en el art. 33 de la Constitución, y tenemos obligación de cumplirla. Yo, que he sido tan deseoso como el Sr. Rios Rosas de que cesara la interinidad, creía que S. S. había de agradecerme el que apresurase el momento en que la interinidad terminase.

Pero hay más, señores diputados: uno de los párrafos del artículo 1.º de la ley sobre elección de monarca dice que se suspenderán las sesiones durante ocho días á lo menos. ¿Para qué?

Si es necesario discutir diaria y continuamente la cuestión; si es necesario discutir diaria y continuamente el nombre del que se ha de sentar en el trono de San Fernando; si la conciencia de los señores diputados se ha de ilustrar teniendo abierta la tribuna con este objeto, ¿á qué las vacaciones? Se debe aprovechar todos los días, todas las horas, todos los instantes, para discutir, hasta que llegue el momento de la elección.

Yo debía creer que la ley, de la cual es uno de los autores el Sr. Rios Rosas, y que es una obra tan digna como todas las que han salido de esta Cámara, tan previsora como previsor es el Sr. Rios Rosas y todos los individuos que contribuyeron á la formación de la ley; yo debía creer, digo, que estaba clara, explícita y terminante, aunque independientemente del reglamento, dentro de mis facultades la autorización para anunciar la orden del día hoy mismo. Pero si este es un argumento que podríamos llamar exclusivamente de analogía, ó mejor dicho, de inducción, existe el reglamento que nos rige, que dice clara, expresa y terminantemente que el presidente fijará la orden del día; y si se hubiera querido hacer una excepción respecto del precepto general que nos rige, claro es que esa excepción se hubiera consignado en la ley, porque bien importante es, bien grave es la materia sobre que versa, y buen talento, bien claro y bien elevado, tienen los hombres que hicieron la ley para haber establecido esa manifestación expresa que derogara el artículo reglamentario.

El reglamento dice que el presidente fijará la orden del día; la ley para la elección de monarca no hace excepción alguna; lo confirma: no se han discutido nunca aquí las personas; no me habeis discutido á mí, no habeis discutido al Sr. Rios Rosas, no habeis discutido á ningún individuo que se ha sentado en esta silla; no discutís jamás á ninguno de los individuos que se han nombrado para las comisiones; por consiguiente, no podeis invocar tradiciones del momento en España, ni mucho menos ir á buscar-

las á la época tan remota que nos ha señalado como ejemplo el Sr. Rios Rosas.

Pero yo invocaré los ejemplos del extranjero, los ejemplos de otras partes. En los Estados Unidos, modelo para vosotros de gobiernos liberales, modelo para vosotros de república federal, cuando están las Cámaras abiertas y se va á proceder á la elección de presidente á los pocos días, mezclan en los debates que tienen, cualesquiera que sean los asuntos sobre que versen, el nombre de los candidatos, ni las condiciones que cada cual tiene para ser elegido?

Y vosotros, monárquicos, ¿podeis citarme el ejemplo de un solo rey que haya venido á sentarse en el trono, cuya personalidad, sea el que fuere, se haya discutido antes en la Cámara? Pues aquí no podemos discutir más que una cosa: la personalidad del rey.

Estoy enfermo y no puedo continuar contestando al Sr. Rios Rosas, por más que tuviera mucha satisfacción en ello; y he de decir á la Cámara lo que en el fondo del poco tiempo que he tenido el gusto de dirigirla la palabra he manifestado antes:

1.º Que el Reglamento dice que el presidente fijará la orden del día.

2.º Que la ley para la elección de monarca, en vez de haber derogado este artículo del reglamento, si lo hubiera creído conveniente, lo ha confirmado.

3.º Que todos los diputados esta tarde, al anunciar la cuestión el señor presidente del Consejo, han podido pedir y usar de la palabra y formular cuantas proposiciones hubieran creído conveniente, como lo ha hecho el Sr. Castelar; y que el presidente de las Cortes ha debido creer que los señores diputados no tenían por conveniente discutir esta cuestión, puesto que no han usado de su derecho.

Y 4.º y último. Que los mismos ocho días que fija la ley como minimum en que han de estar cerradas las Cortes para proceder á la elección de monarca, indican la previsión, la altísima previsión de los que hicieron aquella ley, tratándose de esta importantísima cuestión.

Y dicho esto, y sin que yo quiera prolongar este debate, y sin que yo quiera hacer una cuestión de amor propio de una cosa de que no debo hacerla, como no la he hecho nunca, porque siempre que he tenido una discusión con un señor diputado, y esto lo saben bien los que se sientan á mi izquierda, no he tenido inconveniente en consultar á la Cámara, voy á hacer ahora lo mismo.

La Cámara ha oído las razones que ha dado el Sr. Rios Rosas en apoyo de su opinión; ha oído más: sabe que no ha de hacer de ésta una cuestión de vanidad ni mucho menos, y va á ser consultada, á pesar de que la ley sobre elección de monarca no me impone esa obligación, y de que mucho menos me la impone el reglamento. La Cámara decidirá si el presidente está en su derecho al fijar la orden del día y al decir que para la primera sesión procedamos á la elección de rey.

El Sr. Rios Rosas: El señor presidente ha usado de su derecho perfecto al someter al juicio de la Cámara las razones que ha tenido para observar la conducta que ha observado. Esas razones establecen realmente una controversia entre la opinión del señor presidente y la mía.

Simple diputado que conozco mis derechos y que también conozco la prerrogativa del señor presidente, yo no puedo discutir con el señor presidente. Yo he sometido al juicio de la Cámara mi modo de ver, mi opinión en esta cuestión gravísima, y no puedo discutir con el señor presidente. El señor presidente, como presidente de la Cámara, está muy alto, y yo muy bajo, para que discutamos. El señor presidente anuncia sus resoluciones, las fundamenta; los diputados las oyen con respeto, y reclaman

cuando creen su derecho herido; pero discutir entre el presidente y un diputado, no es posible; por lo menos para mí es absolutamente imposible. Falta la igualdad de situación, que es absolutamente necesaria.

Así pues, dejo á un lado toda discusión, y la dejo con tanto más gusto, cuanto que el señor presidente somete la cuestión al juicio de la Cámara, de cuya imparcialidad yo espero un voto que no tenga el carácter de partido. La cuestión es demasiado grave, demasiado importante, para que tenga el barniz, el carácter, ni en su curso, ni en su procedimiento, de una cuestión de partido. Los hombres que apoyan la candidatura presentada por el gobierno, son á mi juicio los más interesados, y también el gobierno mismo, cuyo silencio ni aplaudo ni repruebo en esta cuestión; son, digo, los más interesados en que esta cuestión vaya por los trámites necesarios, imprescindibles, naturales, usuales. No insistiré en esta razón del uso, porque sería insistir en la controversia, en la discusión, de que quiero apartarme.

Solo diré una cosa: que en mi juicio había un método muy llano, llanísimo, el fijado por todos los precedentes y por la conducta del gobierno. El gobierno ha presentado los documentos sobre la mesa; en vista de los documentos, usando de su derecho, un diputado podría hacer una proposición, y se discutirían los documentos, y se discutiría la cuestión, y se discutiría la candidatura, porque precisamente se puede discutir la candidatura sin tocar en nada, no obstante que tenemos el derecho absoluto de discutir la persona, á la persona. Un ejemplo de eso nos ha dado esta tarde el Sr. Castelar: dos horas y media, á mi juicio, ha hablado, y no ha tocado una sola vez á la persona.

Pues qué, señores, una cuestión de esta importancia ¿no tiene más que la discusión de las cualidades y circunstancias de las personas? Las facultades, las simpatías, las antipatías, los intereses, los principios que representa un determinado candidato, ¿no son dignísimos de discusión? ¿No es necesario discutirlos? ¿No se han discutido en todas partes? ¿No se han discutido las personas monárquicas y las personas reales á propósito de todas las cuestiones de interés público? ¿Hemos olvidado la cuestión de los matrimonios españoles, discutida en todos los Parlamentos de Europa hasta la saciedad? Y como cuestión de personas, ¿no era mucho más delicada que la presente?

Yo he cumplido con mi deber, y he usado de un derecho, consignando esta opinión y haciendo esta reclamación y protesta. No queda más que dar gracias al señor presidente, y recomendar esta reclamación y protesta al patriotismo, á la dignidad y al interés legítimo de la mayoría. He dicho.

El señor ministro de Estado: Como quiere que el Sr. Rios Rosas haya extrañado el silencio del gobierno, voy á decir dos palabras sobre este punto á S. S. El gobierno no cree que el señor presidente tuviera necesidad de un acuerdo de la Cámara para señalar la orden del día. Mucho se ha estudiado la manera de presentar esta cuestión, y no se nos ha ocurrido que pudiera presentarse esa duda, y mucho menos por individuo alguno de la parte monárquica de la Cámara, y mucho menos de la que ha creído que todas las desdichas que podían caer sobre el país procedían de la interinidad, y que por lo tanto querían terminarla aun sin esperar á la época fijada para la continuación de las sesiones, habiendo hecho los esfuerzos mas inauditos á fin de adelantar la elección un mes, ocho días, si era posible; y recuerdo que el mismo Sr. Rios Rosas firmó un manifiesto en el que se expresaba la necesidad que había de salir de la interinidad; y esto cuando faltaba ya muy poco para la reunión de las Cortes.

¿Qué es lo que nos faltaba para salir de ese estado? Que hubiera un candidato que fuera aceptable para la mayoría. Lo hay ya: estamos, pues, en el caso de votar. Pero dice el Sr. Rios Rosas: es preciso discutir, es indispensable examinar las negociaciones; y, señores, precisamente eso es una cosa tan sencilla, que no hay que tomarse mucho tiempo para ello. Por lo demás, el gobierno cree que el señalamiento de la orden del día es de la iniciativa del señor presidente; sin embargo, puesto que se somete al acuerdo de la Asamblea, el gobierno se adhiere á ello.

El señor presidente: El Sr. Rios Rosas tiene la palabra para rectificar.

El Sr. Rios Rosas: No tema la Cámara que vaya á hacer una larga refutación á las palabras del señor ministro de Estado: diré dos únicamente.

Yo tengo prisa, no de ahora, no del mes pasado, no de hace tres meses; desde el día en que la Constitución fué promulgada, tengo prisa de que se hiciera el nombramiento de monarca, y tengo esa prisa, patriótica y racional, porque la mayoría ha estado por espacio de dos años sin candidato, y durante esos dos años he tenido yo dos candidatos, y los han tenido otros muchos señores diputados, y con cualquiera de esos dos candidatos que hubiera acogido el ministerio, con cualquiera de esos dos candidatos hubiéramos terminado la interinidad.

Vea el señor ministro de Estado los motivos de mi prisa: tuve prisa hace tres meses, cuando con la vana del señor presidente manifesté, en el seno de la comisión permanente, el deseo de que se acabase la interinidad y se convocasen las Cortes, en presencia del señor presidente del Consejo de ministros, porque me parecía de tal enormidad la omisión en que había caído el gobierno en esa circunstancia, que ella me bastaba para invocar el examen y la autoridad de esta Cámara en el negocio de la candidatura de Hohenzollern.

Dice el señor ministro de Estado que no pudo prever el género de discusión que se ha suscitado hoy aquí: yo hago más honor al talento y á la experiencia de su señoría; yo creo que su señoría está trascurrido; yo creo que el curso de este negocio supone una gran previsión de parte del gobierno, pero no la previsión que exigen las necesidades y los preceptos del régimen parlamentario, del gobierno y de esta Cámara, y de mi conciencia, mis derechos y mis deberes de diputado.

Yo he dado un manifiesto en unión de otras dignísimas personas (y porque no tengo en ese acto el honor de la iniciativa, sino el de un mero concurso, por eso puedo alabarlos); yo he dado un manifiesto en contra de la interinidad, y tengo la pretensión (ya digo que no soy el autor, que no he hecho más que cooperar), tengo el convencimiento, tengo la seguridad de que este manifiesto ha influido mucho, sin poner en duda en lo más mínimo el patriotismo y el celo del gobierno, para que el gobierno por fin haya traído aquí, buena ó mala, una candidatura.

Me felicito, pues, de haber firmado ese manifiesto, que ha tenido la inmensa importancia de influir para que por fin ceda el gobierno á concluir con la interinidad, que según los síntomas, y haciendo justicia á los sentimientos y á las intenciones, que no investigo sino cuando lo exige el examen de los actos, amenazaba prolongarse, y cuyo espectáculo por espacio de dos años trae consigo una gran responsabilidad para el gobierno que ha presidido á la nación en esos dos años, y singularmente para los ministros irresponsables, para los ministros inamovibles, para el irresponsable é inamovible presidente del Consejo de ministros.

Ha llegado, pues, la hora de acabar con la interinidad, y yo me felicito de ello, aunque se

acaba con un candidato que no es de mis simpatías, que no es de mi aprobación; me felicito inmensamente de eso, y voy á cooperar á ello; pero he de cooperar en términos hábiles, en términos parlamentarios, en términos usuales.

Así pues, yo reproduzco la pregunta que hice antes: ¿dónde, en qué Parlamento se ha visto que una cuestión de esta gravedad no haya sido discutida hasta la saciedad? ¿En qué términos de reglamento, en qué precedentes de jurisprudencia parlamentaria puede fundarse semejante pretensión?

No quiero molestar por más tiempo la atención de la Cámara. La discusión sería cuestión de ocho días á lo sumo, y los ministros que han tenido la desgracia de estar tejiendo y destejendo dos años de interinidad, tienen á mi juicio el deber de escuchar las razones de los que se oponen á esa candidatura, por espacio de ocho días, de cuarenta y ocho horas, de veinticuatro horas siquiera. He dicho.

El Sr. Izquierdo: Pido la palabra para una alusión personal.

El señor presidente: No he oído citar el nombre de su señoría.

El Sr. Izquierdo: Se ha hablado de un manifiesto, del cual he sido uno de los firmantes.

El señor presidente: El Sr. Izquierdo comprende que en tal caso podían usar de la palabra para alusiones personales todos los firmantes del manifiesto. El Sr. Rios Rosas, que es uno de ellos, ha hablado ya. (Algunos señores diputados: Que hable, que hable.) No necesita el presidente de la Cámara que los señores de la izquierda le indiquen, y me extraña mucho que se interesen tanto sus señorías en la cuestión monárquica, si deben ó no hablar los señores diputados.

Iba á decir al Sr. Izquierdo que no tenía inconveniente en concederle la palabra, por lo mismo que pocas veces hace uso de ella en la Cámara; pero que llamaba su atención sobre la situación que creaba al presidente haciendo uso de la palabra como firmante del manifiesto sin haberle aludido personalmente, habiendo hecho uso ya de ella con el mismo objeto como firmante también, en la rectificación, el Sr. Rios Rosas, y cuando podían hacer interminable el debate los demás señores que pudieran considerarse aludidos por haber firmado dicho manifiesto. Sin embargo, si el Sr. Izquierdo insiste en hablar, le concederé la palabra.

El Sr. Izquierdo: Desde que veo la negativa del señor presidente y las razones en que se funda, dispuesto estoy á renunciar la palabra; y aunque esas razones no fueran tan sólidas, me bastaría que en este asunto me apoyasen los señores federales para decidirme á guardar silencio.

El señor secretario (Carratalá): ¿Acuerdan las Cortes que su presidente pueda fijar la orden del día para la elección de monarca?

En votación nominal así se acordó por 101 votos contra 55.

El señor presidente: Orden del día para el 16 de Noviembre: elección de rey.

Se levanta la sesión.

Eran las siete y media.

CRONICA EXTRANJERA

NOTICIAS POR EL TELEGAFO.

Despachos del 2 de Diciembre.

Laval.—Gambetta atribuye la evacuación de Amiens á las derrotas de los prusianos alrededor de Paris. Las batallas comenzaron el 29, y según noticias de última fecha, la guarnición permanecía fuera, manteniéndose en las posiciones que había tomado.

Mr. Gambetta ha anunciado públicamente que el ejército del Loira resistió con buen éxito